



VERÓNICA MENGUAL

*El acierto de
la Duquesa*

Los duques de Stone son todo un misterio. Y más allá, son dos personas muy testarudas para su propio bien.

Cailleach. Bruja en gaélico. Esa es la mejor palabra que define a *lady* Stone, la anteriormente conocida como Lisa Summer, la heroína que demostrará de lo que es capaz una mujer.

Duro. Bruto. Arrogante. Esos tres calificativos son los más utilizados para referirse a Tom Random, quien antaño fuese marqués de Rawn y llegase a ser lord Stone.

¿Pero cómo consiguieron los duques construir su amor y la familia de la que gozan? A través de un camino tortuoso, lleno de baches, que los condujo hasta la Mansión de la Perversión, un lugar donde comenzaron los errores y equivocaciones, y que a su vez dieron paso al acierto de una mujer que cree firmemente en el credo de las hijas de Natura: Nada sucede en vano, todo tiene su motivo.

Descubre en esta historia de época los infortunios a los que tuvieron que sobreponerse dos almas destinadas a estar juntas; que lucharon con uñas y dientes contra todo aquello que se empeñaba en separarlos, incluso contra sí mismos.

Índice de contenido

Cubierta

El acierto de la duquesa

Dedicatoria

Nota del Editor

Agradecimientos

Prefacio: Todo tiene un principio

Capítulo 1: Un encuentro prometedor

Capítulo 2: Un choque perturbador

Capítulo 3: ¿El inicio de un cortejo?

Capítulo 4: Una temporada en Londres

Capítulo 5: La alcoba del rey de la perversión

Capítulo 6: La obsesión de Tom

Capítulo 7: La maldición de las Crusoe

Capítulo 8: El pasar y el pesar de los años

Capítulo 9: El regreso de Lisa

Capítulo 10: El perdón del amor

Capítulo 11: Volver a empezar

Epílogo: Una nueva Crusoe libre

Sobre la autora

La vida da muchas vueltas,
la sensibilidad y buena fortuna
pueden ser de gran ayuda para llegar al destino.

*Dedicado a las personas generosas que ven más
allá
y olvidan los prejuicios.*

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Agradecimientos

De nuevo a una incondicional, Nuria Savall, cuyo nivel de lectura me exige escribir a la velocidad de la luz. A: Maribel Moreno, Esther Ortiz, Rocío DC, Marina Caneparo, Montse Rodríguez, Rosa Berini, Mercedes Fernández, Divinas Lectoras, Gracie Libros, Antes muertas que sin libros, Caja de los libros, ¿Qué libro leo?, Promesas de Amor Blog, Seducción entre líneas, Mundos de Papel, Tefy Lectora, y a tantas y tantas lectoras, blogueras y entendidas en el género, que siempre me han apoyado sin poner palos en el camino.

Prefacio

Todo tiene un principio

Todo estaba listo. Preparado. La luna llena figuraba en un punto medio mientras todavía el sol resplandecía, con timidez, pero pleno. Dos rayos tiñeron el cielo de violeta al tiempo que un trueno resonaba con furia. El sonido ahogó el primer grito de dolor. Venían momentos duros, pero su hija lo haría bien. Ella lo sabía.

Había llegado la hora. Todas y cada una de las quince mujeres que habían respondido a la llamada de Nana estaban colocadas en círculo. El símbolo más fuerte de la unión. La figura perfecta para canalizar la fuerza que se requería para el sortilegio, para el alumbramiento de una nueva Crusoe.

Hoy era un día de celebración. El cambio de estación. Un solsticio muy especial que daría como resultado el nacimiento de una niña que podría ser recipiente de la sabiduría y enseñanza legendaria en la que se basaban las mujeres druidas Crusoe.

Las féminas portadoras de la sangre de las legendarias y místicas Crusoe, debían someterse al ritual del nacimiento de sus hijas si pretendían que estas pudieran recibir los dones a los que estaban destinadas. Irlanda era un lugar cargado de simbolismo, lleno de corrientes invisibles, imperceptibles para unos, reales para otros, pero mágicas siempre.

Su hija Marie huyó de casa sin que Nana pudiera remediarlo hacía demasiados años, pero había regresado. Así estaba previsto. Cada mujer tenía su camino trazado; pero, según las decisiones que tomaba, las bifurcaciones eran múltiples. Así pues, esto hacía que el camino estuviera hilvanado, pero no determinado. Marie hizo su elección en su momento y Nana no lo impidió. Cuando hace unas semanas su hija apareció embarazada y sin un padre para la criatura, Nana comenzó a comprender la magnitud de lo que se avecinaba.

Tal vez sería su nieta a la que estaban esperando las generaciones pasadas y futuras de su sangre. O tal vez no. La llamada de Nana fue escuchada y obtuvo respuesta. Cómo se desencadenaría todo no se sabía aún.

Las quince mujeres, sentadas alrededor de su hija, entonaban los cánticos celtas de invocación de las deidades, en concreto de la tierra: Natura; los cuatro elementos que forman la materia y las bestias que pueblan el mundo. Al lado derecho del escenario, un bloque de hielo conjurado por las quince. Al lado izquierdo, una llama de calor, de fuego purificador, se alzaba poderosa.

En el centro, su nieta estaba preparada para nacer, para caer directamente sobre la tierra mientras las mujeres bendecían el alumbramiento. Con el segundo grito de dolor, Nana supo que el parto no sería común. Los dones recibidos de las Crusoe tenían un precio a pagar. Esto era innegable. Nana sería juzgada y sentenciada en su papel de *cailleach* —bruja, druida, maga, mujer poderosa—. Sus aprendizajes demostrarían si era una auténtica sanadora del cuerpo y el alma. Ella respiró con fuerza y emitió su última plegaria.

La posición de la niña no era la correcta para un nacimiento convencional. Era un parto problemático. Su hija volvió a gritar. Un nuevo rayo resonó con violencia. El sol se marchó y la luna mantuvo su liderato sobre el cielo. Los

cánticos y los movimientos al unísono de las quince mujeres resonaron con mayor ahínco.

—Madre, ¡sácala! No puedo más. Por favor. —Marie se retorció en el centro del círculo incapaz de soportar el dolor. Las hierbas administradas no habían conseguido dormir sus dolencias.

—Debe llegar con el tercer trueno. Falta poco. Ten fe, hija mía. Recuerda tus oraciones, Marie.

—¡Me siento morir! Usa el cuchillo, madre... ¡Sácala! No puedo más.

Nana se acercó a su hija. Tocó el centro de su frente y recitó unas palabras en gaélico. Marie pareció comprender. En su interior algo se calmó. El dolor persistía, mas la calma instaurada en su ser contenía la tensión. Marie recobró las fuerzas.

La niña debía nacer por el esfuerzo de su madre. Si no era así, la niña no sería la Crusoe elegida para recibir los dones.

Un nuevo rayo surcó el cielo. Pareció haberse fundido con la luna. No se oyó el tercer sonido esperado. El cuchillo que portaba la *cailleach* en la mano cayó al suelo. No hizo nada para recogerlo. Nana se arrodilló frente a Marie.

—¿Serás fuerte, hija mía?

—Lo seré, madre. Es ella. Lo siento aquí. —La parturienta se tocó el corazón—. Sé que te he defraudado, pero mi hija es a quien esperas. Ella será tan grande como tú.

Su hija Marie derramaba lágrimas de felicidad. Sus dones nunca se habían manifestado; sin embargo, esperaba que su contribución fuese mayúscula.

—No, mi niña. Eres el claro ejemplo de que la voluntad es libre y existe la libertad de elección.

Nana metió su mano para colocar a la niña en la posición necesaria para facilitar el trabajo del parto. Las voces de las mujeres incrementaban la llama al mismo tiempo que el hielo se fundía. Las quince mujeres que formaban el círculo y que figuraban en el mismo estado que la futura

madre —desnudas y con el pelo suelto— se encontraban apoyando la mano derecha sobre el hombro izquierdo de la mujer que tenían delante. Sobre sus cabezas sostenían piedras mágicas, de diferentes formas y medidas, pero todas ellas pertenecientes a la tierra de los altares de Stonehenge.

El cuerpo femenino se mostraba sin pudor y en su máxima gloria con orgullo. Las mujeres daban vida. A lo largo de la historia, otras como ellas fueron tachadas de brujas y quemadas en la hoguera. Sus creencias se basaban en la vida misma, con secretos que nada tenían que ver con malas artes oscuras. ¿Qué mal podía haber en servir culto a la vida y a la madre naturaleza? Natura era su fe, su credo.

Marie gritó y Nana tiró de su nieta para ayudarla a nacer. El pequeño ser de luz rozó levemente el suelo. La tierra bendecida dejó su marca en la nalga derecha. Un círculo perfecto, que nunca conseguiría borrarse, tiñó de oscuro ese trozo de piel.

Nana miró a la criatura para analizarla con detenimiento. Ojos negros, como la noche que de pronto había caído. Una mata de pelo oscuro, que hacía la blancura de su piel tan radiante como la luna que la había visto emerger del útero de su madre.

La niña usó sus pulmones para protestar enérgica. Fue con ese primer llanto sin mácula, cuando al fin el tercer trueno emitió su rugido feroz. Estaba hecho. Una nueva Crusoe había llegado al mundo.

Las mujeres se levantaron del suelo para danzar alrededor de la madre y la niña. Esta vez con alegría y jolgorio. Las oraciones de buenaventura fueron realizadas. El hielo se consumió en su justo momento y la llama aún brillaba con fuerza.

Nana envolvió a la criatura en la misma tela que se había usado para este mismo ritual generación tras generación.

Nana cerró los ojos. La nueva oración de gratitud a los elementos y a la madre tierra, junto con una plegaría de arrepentimiento que sirvió para pedir clemencia y perdón por haber intervenido, fueron dichas con la mayor de las humildades. Había hecho trampas, por así decirlo. Nana se fío del instinto de Marie. Se vio contagiada por el presagio de su hija y reclamó para su nieta lo que no estuvo segura de que sería destinado a la pequeña. No había vuelta atrás. Su instinto protector quiso menguar el dolor de su hija y a la vez traer a su linaje lo que sentía que debía ser suyo. Solo el tiempo diría si la decisión fue la acertada o si, por el contrario, la pequeña acabaría pagando los errores de su abuela y su madre.

Justo cuando la recién nacida dejó de llorar, las mujeres abrieron el círculo y se ocuparon de la madre. Todas se adentraron en la casa. Quedaba por venir la tormenta, donde el agua purificadora se encargaría de extinguir la llama del fuego y el tórrido viento se llevaría las impurezas con él para dar paso a la esperanza, a un nuevo amanecer cargado de promesas.

Una vez en la casa, comenzaron las labores de aseo de la madre y del bebé. Una mujer joven se acercó hasta donde Nana lavaba con sumo cuidado y ternura a su nieta.

—Es preciosa. —La muchacha suspiró al ver a la nueva Crusoe.

—Nunca será una belleza evidente. Sus rasgos místicos u oscuros marcarán su destino. No despertará grandes pasiones, solo una, porque está llamada a pasar desapercibida para la mayoría. Aun así, está destinada a emprender grandes acciones si así ella lo decide. Sus elecciones le permitirán establecer un destino del que solo ella será responsable. Del mismo modo que Natura no la quiere de una belleza evidente, la dotará de una gran inteligencia que la ayudará a distinguir con suma facilidad el bien y el mal. Mi nieta ayudará a quien lo merezca y se cruce en su camino. Se creará juez y jurado porque Natura así lo determina.

Las ancestrales druidas del clan habían hablado y obrado. Nana sacudió un poco la cabeza. Esta premonición la había atravesado con fuerza.

—Yo la encuentro adorable, es una Crusoe y no necesita ser bella, sino inteligente, como bien has dicho —manifestó la mujer al ver a la pequeña tan pacífica—. ¿Puedo sostenerla?

—Por supuesto que sí. —La *cailleach* terminó de envolverla en los cálidos paños y se la pasó a la muchacha.

—Se la daré a la madre para que la alimente.

Nana vio que una lágrima de la mujer rodó al tiempo que contenía su propio llanto. Nana la tomó por el brazo justo cuando se encaminaba hacia una Marie exhausta que esperaba que su madre terminase de adecentar a la niña.

—¿Cómo te llamas?

—Elvina, de apellido soy una Manchester, y de título soy conocida como una Ailsa en Inglaterra, pero ante todo soy una descendiente de las Crusoe del norte.

—Elvina, no debes estar triste. La posición de tu marido como marqués te confiere un gran poder social que debes aprovechar. Tú debes pregonar en la medida de lo posible la vida y cultura de Natura. Dos vástagos se te han concedido en premio para que los guíes y ayudes por los servicios ya prestados.

Nana la soltó como si Elvina quemase. La fuerza de esa mujer era demasiado grande y ni siquiera ella misma entendía su potencial. El poder interior de esa joven era superior al de las demás mujeres que se encontraban en la casa. La *cailleach* pudo comprobar la determinación de la muchacha, su valor, su constancia y la sabiduría que también Natura había depositado en ella.

Dolor. También había mucho de eso en Elvina. Demasiado para una joven tan llena de vida como ella.

—Lo sé. Todo lo que has profetizado lo estoy viviendo. Pero mi dicha no es completa, Nana. Dos buenas personas tuvieron que ser asesinadas para que yo recibiera ese gran

premio. La culpabilidad... —Elvina no pudo seguir hablando.

—No fuiste tú quien derramaste la sangre de los padres de ambos niños —la cortó intransigente.

—No, pero no por eso mi esposo y yo tenemos las manos limpias.

Los dones de la joven Elvina no habían despertado tan magníficamente como los de la *cailleach* que tenía delante, pero sí estaban impresos en su sangre y fueron puestos al servicio de su esposo para ayudarlo en sus misiones como espía de la Corona. Elvina lo amaba demasiado para no velar por él. Las amenazas se dirigieron por error hacia los padres de Patrick y Anthony, sus sobrinos, e hicieron que los progenitores de ambos falleciesen en un acto violento destinado a acabar con la vida de su esposo y ella misma. El destino salvó al matrimonio y condenó a otro. La culpabilidad siempre estaría en su corazón. El bueno de William, marqués de Ailsa, al que Elvina amaba con todo su ser, sabía lo que era ella en verdad y, lejos de asustarse, la veneró en demasía desde que la conoció. No obstante, Elvina se guardaba bien de desvelar su verdadera esencia, puesto que, sin ser tan poderosa como otras de las *Crusoe*, había sido criada con la finalidad de encumbrar y potenciar los talentos y enseñanzas femeninas. Unos aspectos basados en el poder de la mujer, creencias que harían tambalear la sociedad londinense en la que se había camuflado por amor.

—Recuerda que todo sucede por un motivo. —Nana le dio un suave apretón de manos para consolarla.

—Lo sé. Sé que los niños llegaron a mi vida para darme lo que tanto pedí y no se me concedió por mis propios medios. No concebiré una criatura en mi vientre. Estoy seca. Natura no me ha premiado con esa bendición, pero me ha resarcido con la llegada de mis dos sobrinos, a los que amo como si yo misma les hubiese dado la vida.

—Todo llega a su tiempo. La vida tiene sorpresas para ti. —La *cailleach* le sonrió cómplice.

—¿Lo ves, Nana? —quiso preguntar incrédula. Elvina sintió su corazón martillear.

—Lo veo, Elvina. Sé paciente.

—Tienes el don de la premonición..., pero... —observó maravillada.

—A veces es una maldad. No se presenta cuando lo necesito y siempre muestra un camino posible, no los veo todos. Pero sí el tuyo. Lo veo tan lúcido como te estoy viendo a ti misma. A tus dos hijos de adopción, se unirán tres muchachas que dependerán de ti para alcanzar su felicidad. Serás su guía y guardiana.

—Guía, no madre —apuntó Elvina con tristeza.

—Serás madre de una de ellas a su debido tiempo, en cuanto encuentres la paz que buscas. Las cosas entre un hombre y una mujer nunca son fáciles. Halla el equilibrio con tu esposo. Natura te premiará tu labor. Has servido bien a las Crusoe y nunca nos olvidamos de las nuestras. Conserva tu fuerza porque la vas a necesitar. —Nana le dio un nuevo apretón de manos a la muchacha. La dolorosa pérdida del amor al fin recuperado figuraba en su visión, pero esto no era bueno desvelarlo, por lo que Nana decidió callar. La *cailleach* bien sabía que no todo debía desvelarse, puesto que conocer lo que se avecinaba podía significar dejar que el miedo guiase la vida de una persona. No. Elvina no merecía que ella le hablase del sufrimiento que le aguardaba, porque el dolor nunca es eterno. Esa muchacha era una Crusoe y encontraría la fortaleza para reponerse y seguir adelante como a ella misma le había sucedido cuando su esposo encontró la muerte.

Por su parte, Elvina suspiró ante el vaticinio. Sus ojos se llenaron de lágrimas de gratitud por la esperanza recibida. Asintió con la cabeza y se marchó para depositar al bebé en los brazos de su madre.